

Los naufragios de Motril.

Riachuelos de agua dulce terminan su camino al alcanzar las orillas mediterráneas de Motril.

Nunca ha sido fácil disponer de agua en las costas andaluzas. Los romanos ya se las ingeniaron para transportarla largas distancias a través de sus acueductos.

No fueron los únicos que pusieron sus ojos en estas ricas tierras.

A lo largo de toda la costa, torres y atalayas islámicas parecen vigilar aún el mar y a sus viajeros. Estos sistemas defensivos nos hacen recordar nuestra historia y nos transportan a otros tiempos, de guerras, sí, pero también de esplendor.

Una historia más reciente nos aguarda bajo el mar.

Los restos de diversos navíos yacen en el lecho marino de Motril, como los restos de un naufragio,

No hace mucho, los pescadores locales de Motril notaron que los peces cada vez eran más escasos y que las tallas de las capturas eran más pequeñas. Entonces decidieron hundir algunos barcos pesqueros, a fin de crear un arrecife artificial en sus aguas.

La función de estas estructuras es atraer y dar cobijo a peces, como las vidriadas, las doncellas, los serranos y los salmonetes.

Así se creó un nuevo hábitat, en el que las especies pueden desarrollarse y reproducirse, y, por lo tanto, aumentar las poblaciones ícticas costeras; es decir, mejorar los caladeros locales.

Pero algunos pescadores se aventuraron a calar las redes demasiado cerca, y muchas se quedaron olvidadas entre los restos de los pecios. Estas redes nunca han dejado de pescar, y son muchos los animales que mueren atrapados en ellas.

Otras especies encuentran en estos esqueletos de hierro y madera un sustrato sólido donde fijarse.

Son muchos los organismos sésiles que sacan provecho de estas estructuras. Ascidas, ceriantos, anémonas, pólipos, corales y espirógrafos, destacan en la comunidad bentónica.

Entre los recovecos de tales arrecifes artificiales es común encontrarse con algún congrio. Son, alargados y esbeltos, y permanecen escondidos durante el día, siempre atentos a cualquier amenaza, y preparados para comenzar la caza después del crepúsculo.

Son muchos los depredadores que se acercan al arrecife, atraídos por la abundancia de presas concentradas en tan poco espacio.

Agazapada entre las algas de la cubierta, una sepia descansa inmóvil.

Su respiración es lenta y sosegada. La excelente visión de los cefalópodos y la capacidad de cambiar la pigmentación son adaptaciones que les permiten a las sepias o bien huir a tiempo o bien camuflarse.

Lentamente, ondulando el manto que rodea su cuerpo, comienza a moverse por el pecio en busca de un refugio más seguro, o de alguna presa despistada de la que alimentarse, entre los restos hundidos en aguas de Motril.